

### **EVOCACION DEL P. PEDRO SUBERCASEAUX OSB, MONJE Y PINTOR**

Vi por primera vez al P. Pedro en las vísperas de Navidad de 1938, en La Fontecilla de Las Condes. Su sobrino, el Sr. Pancho Huneeus, me había llevado aquel atardecer a visitar a su “tío Pedro”, el gran pintor histórico de Chile convertido en monje benedictino y yo, que me había imaginado encontrarme con un héroe de la pintura latinoamericana, algo así como un Diego Rivera, quedé decepcionado. Tuvimos que esperarle un rato, sentados en el pasto del jardín del patio, charlando alegremente en la calma de la tarde con el Hno. Rafael y los PP. Desrocquettes y Bérard. Salió a nuestro encuentro por el sendero un monje de paso ligero, que limpiaba sus lentes delicados de alambre plateado, mientras acortaba la distancia entre nosotros. Venía “de obediencia”, directamente; era un hombre delgado, calvo, sin ningún hálito de romanticismo, ni de pintor grande, ni siquiera de monje; más bien se parecía a mi abuelo de Wall Street, de tipo inglés, *gentleman*, reservado. Hablaba inglés con acento. Esta primera entrevista no tuvo nada de extraordinario, fue un encuentro de cortesía. Para él, hospedero experimentado de muchos años, fui un jovencito huésped como tantos otros. Y, sin embargo, como en todas las cosas del P. Pedro, el acontecimiento, pequeño en sí, estuvo sellado con la impronta de la Providencia y señaló el comienzo de una íntima y hermosa amistad.

Pasé la década 1938-1948 durante la guerra mundial casi constantemente en el estudio del monasterio de Las Condes, pintando con él como su discípulo, su “mano derecha”, como decía él. Fuimos como padre e hijo y él me instruyó en todo. Cuando comencé a interesarme en la fe católica me enseñó el “penny catechism”, paseándonos entre los álamos. Así me preparó al bautismo, en el que recibí el nombre de *Peter*, Pedro. Al mismo tiempo, desde el primer día me fui incorporando a la práctica más elemental de la pintura, a la manera antigua, en la relación maestro-discípulo, casi desconocida en nuestros días de celoso individualismo en el campo artístico. Así fui aprendiendo a su lado, día a día, sin apuro, naturalmente las leyes de proporción en el dibujo de la figura humana, en un cierto y determinado espectro de colores adecuado para la pintura mural y la formación de una buena letra de inspiración clásica según esas normas. Yo había pasado por la Escuela de Bellas Artes sin sacar mayor provecho; en cambio en él sentí que podía poner mi confianza y fui volando gozosamente, siguiendo su ejemplo, su ritmo, su disciplina calma y constante en el trabajo. La paz benedictina. Así él me formó como persona y también como religioso, sin darme apenas cuenta de ello. Fue para mí un verdadero noviciado. Los sábados por la tarde, antes de irme a casa, me ponía sencillamente de rodillas a su lado en el taller, para confesarme, para sacarme el polvo de encima y me sentía feliz como un pájaro que camina flotando. A veces él me acompañaba para que charláramos juntos y tomábamos el té con mi mamá que nos esperaba con torta de chocolate y su acogida tan buena. Nuestra relación se tornó cada vez más familiar, de manera que el P. Pedro se convirtió realmente en un nuevo padre para mí. En su lecho de muerte no se olvidó de llamar a mi madre por su nombre de Edith. Pero en ese momento ella estaba de viaje en el Uruguay y yo hacía tiempo que había vuelto a los EEUU, donde había entrado a la Trapa. Murió solo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

El P. Pedro antes que nada era un verdadero hombre, un monje varonil, casi se puede decir que militar. Le gustaba andar a caballo, y renunciar a esta práctica al entrar al monasterio fue algo que le costó mucho, según su propia confesión. Desde entonces hasta el día de su muerte se contentó con dibujar y pintar caballos en forma magistral, fuese en murales, en cuadros o en forma de “garabatos” en la cabina telefónica. El claustro y la vida religiosa no le impidieron fundirse con la naturaleza, la belleza de este mundo, el amor a toda la creación en su flora y fauna, con sus luces y sombras, sus delicados matices de colorido. Sentía como pocos las

formas y proporciones en la arquitectura, los pliegues rítmicos y naturales de los mantos y túnicas y todas las cosas del mundo participaban por medio de su espíritu en el cántico-baile de amor a Dios. Bueno y fiel observador, exacto dibujante de la naturaleza, el P. Pedro se distinguía radicalmente de tantos de sus hermanos en religión, a veces tan enajenados de la naturaleza y del conocimiento de sus propios sentidos y tan lentos en su sensibilidad y capacidad de gozar y contemplar con amor las mil y una cosas del campo. Nunca lo vi leyendo un libro o preocuparse por la filosofía o por la teología. Su libro único y preferido fue la vida misma y en ese sentido fue un buen existencialista.

Había recibido esta formación desde muy joven y sus cinco sentidos se habían desarrollado en su vida de hijo de diplomáticos, viajando por el mundo, observando, dibujando. Su conocimiento de varias lenguas occidentales le facilitaba los contactos humanos y si era necesario sabía su palabrita en ruso o en árabe. Habría sido un humanista, pero no quiso, porque una pretensión de tal especie lo habría llevado a lo teórico-filosófico-intelectivo, a las distinciones y a una minuciosidad que su espíritu sencillo y humano rechazaba. Por ello había en él algo del niño que vive de las ilusiones, del mundo de las apariencias, del mundo clásico greco-romano, que conserva la integridad de lo externo, de la materia. El espíritu moderno, analítico, la escolástica, el sofisma, la mística, las espiritualidades, el quietismo, el racionalismo eran ajenos a él. No podía soportar, por ejemplo, lo gótico, con sus incrustaciones detalladas, fabricadas por mentes y espíritus congestionados y complicados. No, su humanidad se rebelaba contra todo lo complicado y su buen sentido lo llevaba a lo simple.

En cambio, se explayaba en el trato humano, tanto con los hombres como con las mujeres y los niños. Sintió atracción por seres humanos y ellos por él. No tuvo temor en esto, pues su celibato había ya pasado la prueba del matrimonio y del mundo artístico. Pintando cierta vez un cuadro histórico en mi taller se sirvió de mi madre como modelo de la mujer del cacique Lautaro. Otra vez una actriz de cine, atraída por su fama y su personalidad le robó su rosario “por pía indiscreción”. Los dos nos reíamos de estos sucesos. “El hombre tiene que ser hombre antes de ser santo”, dijo Juan XXIII. Me parece que el P. Pedro se anticipó al Santo Padre por el ejemplo de su vida, porque como Juan XXIII, era auténtico. Pero la verdad es que se debe ser hombre y santo simultáneamente, que lo uno no excluye lo otro, ni es anterior a lo otro. Creo que el deseo del equilibrio entre lo exterior y lo interior, lo físico y lo anímico, lo debo a él, a mis años de formación cristiana junto a él, allí en Las Condes. Este equilibrio me parece tan antiguo como la sabiduría china: cada cosa tan bien colocada y en su lugar justo, el *yin* con el *yang*, masculino y femenino, cielo y tierra, hombre superior y hombre inferior. Su práctica, su ascesis, fue encontrar la complementación exacta y la escala de valores de todos los elementos de su ser en íntegra armonía. Lejos de él la lucha del “combate espiritual”, de los moralismos, del justicialismo de los pobres y de los ricos, de la derecha y la izquierda de la política. El vivía en otro plano, no se comprometía con posiciones unilaterales, porque esencialmente era hombre de vivencia, es decir no-intelectualizado. Conservaba la prerrogativa de ser él mismo, según sus posibilidades, contra todos los “ismos” y tendencias y la incompreensión que su vivencia “personalista” suscitaba. Yo mismo no lo entendía, pensando que su estilo de vida, aunque modesto, no correspondía a la realidad, a mi realidad (de pobreza), pero lo acepté como algo que estaba dentro de las posibilidades de él, hijo de embajadores, y no me di cuenta de mi propia falta de autenticidad y de mi irresponsabilidad. Y sin embargo, él permaneció constante y fiel a sí mismo. “Los narigones siempre tienen éxito”, decía bromeando, “a pesar de todas las contrariedades y contratiempos”. En realidad tenía una nariz de carne y hueso algo prominente; pero la nariz es el órgano esencial a la vez para la vida biológica y el espíritu, aliento divino. Esta palabra simboliza jocosamente una filosofía simple, más poderosa y eficaz que las grandes ideologías suprahumanas. Sin ser Prior del monasterio fue él, el P. Pedro, quien comunicó poder existencial, solidez y seguridad a la nueva fundación mientras vivió.

No conocí nunca las obras que lo habían hecho famoso, sus pinturas históricas de otros tiempos, que le dieron tanta fama, aquellos cuadros que colgaban de las paredes del Club de la Unión y de los museos de Buenos Aires. No me interesaban mayormente. En cambio, me atraían las

acuarelas con que ilustró las vidas de S. Francisco y de S. Benito y, por supuesto toda su obra contemporánea de tema religioso e histórico. Mi decepción al principio fue la de que me había encontrado con un ilustrador y no con un pintor pero la gran diferencia estaba en que un ilustrador común trabaja por lucro y el P. Pedro lo hacía por Dios, por la patria, por amor.

El dibujo, por su naturaleza intrínseca limita y define y es por eso intelectualizante. Más todavía en cuanto que la obra se reduce de la abstracción y se concretiza en imágenes reconocibles formales, conceptualizantes. El P. Pedro era un gran dibujante, con años y años de práctica., Su ojo iba al objeto, veía con los ojos, salía de sí mismo, captaba el objeto con el ojo. Con su pincel lo trazaba con agudeza objetiva, “científica”, combinado con una moción intuitiva subjetiva, que se identificaba con el objeto, transformándolo y comunicándole vida, su propia vida, sensibilidad y placentero amor. Al mismo tiempo percibía y recibía el mensaje del objeto, en íntima comunión con él. Todo esto lo lograba por un proceso natural, por el hecho de ser hombre antes de ser pintor. Su arte reflejaba su homogeneidad. De la misma manera era un compositor nato. Sus composiciones nacían espontáneamente: veía el tema objetivamente, se identificaba con ello por el amor, establecía la comunión y ¡listo! Se paraba frente a la tela y luego empezaba sin más. Todo venía de adentro y se desarrollaba poco a poco sobre la tela. Yo al contrario, tomaba horas estudiando el tema, analizando su significado para mí, haciendo croquis en miniatura, aplicando leyes de composición y de colorido, desplegando toda una analítica de escuela, antes de trazar una sola línea. Resultado: él era siempre más prolijo y más original, aunque su producción variaba y no era siempre de la misma calidad. Pero no importaba, él seguía trabajando, fiel a sí mismo y a su destino.

Nunca produjo una “naturaleza muerta”, un “paisaje”, una pintura alegórica o surrealista, como suelen hacer los artistas de todos los tiempos. Todos estos elementos existían en sus cuadros, pero siempre subordinados, siempre en segundo lugar. El pintor vasco Zubiaurre, comentando una vez el Vía Crucis del P. Pedro que se encuentra en la iglesia del Sagrado Corazón del Bosque, en Santiago de Chile, hizo notar que se encontraba en el conjunto una “naturaleza muerta” encantadora, que él encontraba muy linda. Por supuesto, no era exactamente una “naturaleza muerta”, porque carecía de modelo. Casi la totalidad de su obra que se conserva en el monasterio de Las Condes, eran temas pintados de memoria o basados en la simple imaginación. Dominaba perfectamente el dibujo de la anatomía humana y animal, de los uniformes militares, de los hábitos religiosos, de la moda seglar de todas las épocas, pero al mismo tiempo reproducía con facilidad las aves del cielo, los peces del mar y las plantas y hierbas varias de la tierra. Los había delineado innumerables veces, conocía a cada uno por su especie, como su creador, el Artista Supremo.

Es necesario descubrir al artista escondido, como un paso para conocer a Dios. El P. Pedro había nacido artista, hijo de artista. La mayoría de nosotros no tenemos conciencia de nuestras virtudes artísticas latentes. No es necesario ser genio o maestro inmortal, ni tener esa meta ante la vista. No creo que el joven Pedro pensó así, ni su temperamento se lo permitía. En cambio los “grandes” que yo admiraba y trataba de imitar obraban apasionadamente, por impulso de una inspiración, inducida de una manera u otra, invocada desde arriba o desde abajo, o en alas de una ideología profundamente sentida, marxista o mística. El procedimiento de “P. Subx”, como firmaba sus trabajos menores, era totalmente diferente: procedía independientemente del “genio”, de la “emoción”. Todos los días, al terminar la misa conventual a las 10, subía al taller para trabajar con nosotros, Roberto y yo, sus ayudantes. Se sacaba su escapulario negro, se sentaba frente al caballete, colocando su pierna izquierda sobre una silla –sufría de flebitis– y comenzaba a pintar. Durante el trabajo intercambiábamos breves palabras, algunas frases, pero generalmente trabajábamos en silencio absoluto. A veces aparecía un visitante, un obispo, el nuncio, un arquitecto, un periodista o un cliente. Entonces dejaba los pinceles con toda facilidad para dar acogida a estos huéspedes y después retornaba a su trabajo pintando tranquilamente, sin inmutarse, siendo siempre él mismo. No representaba “papeles”, ni inconscientemente Después del almuerzo en el refectorio, seguía el breve recreo, siesta, nona y otra vez volvíamos al taller. Así pasaban los días. El P. Pedro pintaba incluso el domingo por la tarde, lo cual no debe

escandalizar a nadie, pues pintar era su espiritualidad, su vida.

Solamente ahora, después de tantos años, me doy cuenta cabal de la grandeza de su personalidad de hombre de Dios. No había nada que reprocharle, era muy bueno, siempre era el P. Pedro, pero nunca veía en él a un santo. En cambio veneraba al P. Prior, el P. Bérard. Yo vivía en el primer fervor de la conversión, como en otro mundo, con cierta ilusión irreal, caminando casi sin tocar el suelo con los pies. Había resucitado y ya no era de este mundo. En cambio el P. Pedro no vivía esa ilusión como yo y por eso yo no lo consideraba un santo, sino sólo un buen monje. Además mi especialidad era el arte religioso devoto y le dejaba a él el campo de lo histórico-militar, del arte profano.

Una vez hicimos en colaboración un trabajo para la iglesia parroquial de Chimbarongo. El hizo el croquis de escala y yo lo ejecuté en el ábside de la iglesia. El tema era San José, patrono de la Iglesia. Se le veía en el centro acompañado por María de un lado, hilando, y por Jesús-Niño, trabajando de carpintero por el otro. Todas las figuras armonizaban natural y perfectamente en línea rítmica y bien delineadas objetivamente. Yo añadí un elemento mío: "espiritualidad". Es decir, hice que María no mirara el hilo delante de ella, como en el croquis del P. Pedro, sino que sus ojos "contemplaban", retraídos de alguna manera en Dios, a la manera de los iconos y del arte italiano primitivo. Según mi modo de ver, que ahora reconozco como equivocado, yo había salvado la composición de lo mundano, elevándola a lo sagrado-religioso. El P. Pedro, al ver aquella modificación, me elogió, aceptando así sin más mi puerilidad. Por esas mismas ideas, lo abandoné para irme a la Trapa, porque encontré que allí se vivía más perfectamente mi ideal, la contemplación de otro mundo, la gran ilusión. Como el pez, tragué anzuelo, hilo y plomada. Yo estaba preparado para ello, casi predestinado. Solamente más tarde y confusamente me di cuenta de la pérdida: había perdido el contacto con la realidad de este mundo, el mundo del P. Pedro. No se discutía en aquellos tiempos pre-conciliares sobre dónde estaba la realidad. Se daba por entendido que estaba en los cielos y en el SS. Sacramento, la Presencia real. ¿Dónde estaba la pérdida entonces? Intellectualmente lo ignoraba, al contrario, había toda una "ganancia". Aquí se apela a S. Pablo, pero anímicamente sentía una pérdida desgarradora, una desencarnación, como si hubiera perdido las raíces de mi ser. Lo interpreté pensando que había dejado mi corazón en Chile simplemente, que no se trataba sino de una nostalgia que todos tenemos que sufrir al "entrar en religión". La ascesis espiritual prescribía: separación del mundo. El hombre "espiritual" dejaba el cuerpo en la hospedería, para abrazar (no sé con qué) la vida "angélica" del claustro; los del clero secular, en cambio, los del apostolado, practicaban la vida evangélica. Entonces tuve que interpretar mi desencarnación como proceso normal de santificación cristiana; dimití y viví como mis demás compañeros.

No creo que en esto había una diferencia esencial entre los trapenses y los benedictinos; se copiaban unos a otros, usaban más o menos los mismos directorios espirituales Y se compartían mutuamente los autores monásticos, la misma tradición. En ese sentido el P. Pedro no estaba fuera de línea. Lo que le salvó fue que él no era intelectualizante y siendo fiel a sí mismo en la integridad de su ser, vivió marginado de la espiritualidad estudiosa de las escuelas, del mundo de los libros, de las corrientes caprichosas de las novedades de los movimientos de masa. Creo que en ese sentido distingo en el P. Pedro lo profético, algo que él vivía sin saberlo conscientemente. Fue profeta del "nuevo hombre", espíritu realista, siempre joven, siempre antiguo, que con su pincel en la mano dibujaba las edades eternas. "El Padre no descansa", dijo Cristo, "yo tampoco descanso". Su santidad pasaba imperceptible, como las cosas más ordinarias de la vida, como las vidas desconocidas de miles de personas sencillas de todos los tiempos sobre el planeta. Era un santo "conciliar", con una santidad abierta al hombre por ser hombre.

De su vida interior íntima yo no sabía nada realmente. Nuestras conversaciones tocaban los tópicos más diversos. Mi madre le había casi extorsionado la promesa de no hablarme de vida religiosa, específicamente de lo monástico-vocacional. El fue fiel a su palabra y de tal manera que me daba la (falsa) impresión de que no se interesaba por la piedad, fuera del tiempo en que

participaba sincera y devotamente en la liturgia. Diariamente al atardecer se paseaba bajo los eucaliptus para rezar el rosario. Pero a Veces le escapaban indicios de su sentir interior. Una mañana me contaba que la noche anterior lo había pasado muy mal. Era con ocasión de su primer infarto, en 1947, nueve años antes de su muerte. Había pensado que llegaba el fin y vio que el Cristo del crucifijo que había pintado sobre la pared de su celda se llenaba de vida, como para venir a buscarlo.

Sería mucho tratar de contar todos los detalles y recuerdos de su vida, llenaría mucho papel. Él no lo quería, por ser algo muy secundario, pues sólo la vida es primaria. No era ni un literato, ni un santo, pero sí hombre, hombre de Dios y en ese sentido un verdadero monje. Sobre todo era un artista, un pintor que glorificaba a Dios con su arte, al Padre, Creador de todas las cosas; al Hijo, su hermano mayor, en el Espíritu Santo, en su amada Iglesia que abrazaba como María el universo entero. Bien le venía el nombre de su monasterio: La Santísima Trinidad, de Las Condes.

*Azul*